

Acerca de la obra de María Paz Jaramillo

La María de la Paz reciente

Carlos Castillo Cardona* / carloscastillocardona@gmail.com

Está en exhibición la última exposición de más de treinta acrílicos y dos serigrafías de María de la Paz Jaramillo, en la Galería Garcés.

Después de un período de ausencia, más largo de lo que el público deseaba o esperaba, la artista ha tenido un salto pictórico como resultado de la maduración que dan el tiempo y el trabajo asiduo. Hay un sentido de renacimiento en su obra.

Su propuesta actual parece dar vueltas sobre los mismos temas, la misma técnica y la misma policromía. Pero, tal como ocurre en los giros de una espiral, María de la Paz ha llegado a un nivel más alto en el mundo de su plástica y su lenguaje. Esta vez, el objeto de su pintura también son parejas, pero en vez de estar enmarcadas en el objeto de su crítica al mundo del glamur y de la banalidad, se basan en lo que el gran público ve en la televisión. Sus imágenes son las que surgen de un hecho televisivo y popular que han aparecido ante los ojos del espectador en ese programa, entre concurso y *reality*, que se llama *Bailando por un sueño*, que también le

da el título a la exposición. Se basa en lo que el público veía. Pero María de la Paz es una pintora juiciosa, que investiga, y las imágenes de sus cuadros recientes son el resultado del estudio y el análisis detallados de lo que vio frente al televisor y lo que encontró en los estudios en los que se realizaba el programa.

Pero, si las imágenes de televisión están llenas de detalles, recargadas de adornos y cursis *ad nauseam*, la pintura de María de la Paz, por el contrario, ha llegado a los extremos de sencillez y de la economía del gesto. Los colores siguen siendo básicos, sin matices superfluos. Todos los cuadros tienen de fondo un color negro, negro azabache, que nos dan una sensación de que más allá sólo hay vacío o, por lo menos, allá en el fondo está lo desconocido, lo que no tiene nombre. Con una referencia a la simbología pictórica del antiguo Egipto, la artista ilumina con tonos claros los rostros de las mujeres y oscuros los de los hombres. La expresión de las imágenes representadas se hace con un ahorro total del gesto, no hay rasgos. En un rostro plano, la dirección hacia donde miran los ojos, el rictus de la boca, la composición de la actitud y la actitud de los cuerpos son los que definen la emoción, la intención y, en apariencia, el deseo. La simplificación enriquece en vez de empobrecer.

Por lo tanto, hay un alejamiento del detalle, de la imagen. Hay un distanciamiento en el cual nos coloca a las parejas para que las veamos, no para que “bailemos” con ellas. Para que pensemos sobre ellas, sobre su significado, sobre lo que seguramente ellas no se confiesan a sí mismas. Son parejas que no se miran entre sí. Miran a la cámara, es decir, a nosotros que estamos detrás de ella, sólo con la interpuesta imagen transparente, invisible, inexistente del camarógrafo.

Las parejas, nos producen la extraña sensación de que nos hablan. De que quieren compartir sus preocupaciones, que van más allá que la de ganarse o no el concurso. Es posible que no sean conscientes pero en su expresión simplificada y doblemente terrible parecen dudar de lo que hacen, de la banalidad de sus movimientos, de la desesperación de intuir que ninguno de esos ejercicios es válido. Por lo menos, si no lo piensan las parejas, es María de la Paz la que nos lo dice.

En estas figuras que nos muestra la artista ya no hay rostros conocidos, tal como ocurría en sus trabajos anteriores. No son de sus amigos, son rostros anónimos, son de la masa. No están entre los amigos de la artista. Es como si la artista abandonara su propio mundo para abandonarse al mundo de los otros. ¿Eso no la hace más universal?

* Columnista de Arcadia y El Tiempo. Acaba de salir su última novela *Mejor no saberlo* de Editorial Alfaguara.